

Cruz y raya en los libros

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

FEUCHTWANGER, LION. *Goya*, Ediciones Selectas, Buenos Aires, 383 p.

*¿Seré mi creador, mi creatura?
¿Seré lo que pasó?*

UNAMUNO.

*La hierba se seca
y la flor se cae. El
viento de Jehová sopló
en ella.*

ISAIAS, 4-7.

Hay que ver cómo persiste la leyenda de Goya. Goya, el pependenciero (1). Goya, el espadachín. Goya, el de los amoríos. Goya el trotamundos. Goya, el de las aventuras sin tasa y sin cuento. ¡Goya, Goya! Goya el de las majas. Y, en fin, aquel don Francisco Goya y Lucientes, el de la paleta ya grotesca, ya delirante, que aprisionó la vida con su fantasía y realismo, con su gracia, con su lirismo, con su sencillez y con su descarnado dramatismo. Pareja a la fama de sus cuadros, que es tan grande, corre otra no menos grande por el mundo, una fama de demasías, de toda clase de lances y de denuedos que nunca agotan su papel de integrar un Goya mítico. Es innegable, por lo menos, que el mundo de sus lienzos, o mejor aún, el de sus *Majas* y el de sus *Caprichos* y *Disparates*, y el mundo de sus azares personales se corresponden plenamente. Podemos, si nos lo proponemos y aceptando sin más la leyenda, esto es, aceptando en gran parte la obra de Feuchtwanger, perseguir las vicisitudes de la existencia del pintor en sus telas. Y, asimismo, el contorno de misterio que siempre habrá en estos nos vendrá de las honduras abismales del hombre que primero vivió en Zaragoza, y luego, tras muchos brincos y eclipses, aparece en Madrid compartiendo la mesa y el pan y el vino con tanadilleras y chisperos. Casi diríase, que con mozas de partido. Verdad es que ambas, vida y obra, se van nutriendo con reiterada terquedad y tejiendo una fisonomía unificadora, ventajosa como simplificación entre intención y ejecución. Con sus

(1) Obviamente no podemos pasar por alto esto del carácter pependenciero de Goya. Y sobre todo hoy. Ahora la agresividad es descrita y comprendida en términos de frustración, temor, desplazamiento, elección de chivos expiatorios, racionalización, proyección, etc., etc. Es decir, como un estado humano emergente o dependiente. (Véase *Historia natural de la agresión*, libro compilado por J. D. Carthy y F. J. Ebling).

exageraciones y todo lo demás —desde luego—. La vida de Goya, en este modo de apreciarla, parece primeramente ser aventura: es pura y llanamente aventura. Solo que cada uno de sus momentos, distinto del anterior.

La leyenda es tan sugestiva que provoca dejarla intacta, y así dejar este libro con un Goya pujante y ubérrimo enamorado de Cayetana de Alba. Que siga el de Fuendetodos discurriendo graciosamente, como nuestro antioqueñísimo Peralta, por este mundo ladino. . ., si se quiere, *¡a la diestra de Dios Padre!* Que continúe asistiendo, pública y desatinadamente al corral de la Mariquita —tal vez de muy grato saborio—, donde exulte su mocedad con “regocijadas aventuras”, o en las calles umbrías en cuyos tétricos recodos la vida es agua escurridiza. O a los toros para que, entre parlerías maliciosas y libaciones de añeja botija, nos de la impresión de un hacedor de grandes hazañas, certísimas y concretas, en las que cualquiera se pierde como entre un Dédalo. Ello de seguro está bien, porque pone un contrapunto murmurante a su obra pictórica. Además, se pensará, nada pierde el pintor con que se le sumen a su vida dichas querellas y visos. Pero nadie asegura que la biografía consiste en ensartar, lo mismo que una portera, chismes de vecindad. Si hay alguna diferencia entre la leyenda y la biografía es necesario buscarla en la dilatación de la realidad lograda por el mito. Siempre existirá entre ambas una perfecta incongruencia: una, la biografía, será la ordenada acumulación de “sentidos”, de dinámicas tensiones que marquen una trayectoria como en las matemáticas; la otra, un simple hacinamiento de imaginaciones bordadas en torno a la realidad.

Con lo cual vemos que la biografía de Goya resulta distinta a su leyenda, o, lo que es igual, que todo eso que se dice y afirma de él —aun en este libro del gran novelista alemán— de su vida azarosa y azorante no es sino eso: mera y sustancial leyenda. Ya Ortega se encargó de mostrarlo. En su libro *Goya* ataca a fondo el problema, y a él remito al lector interesado. Ortega aniquila totalmente el mito goyesco. Así, encuentra una sola aventura de sabor arriscado, aventura maladada esa que le obligó a abandonar precipitadamente a Zaragoza. Gracias a este libro, hoy sabemos que él arribó forzoso a Madrid y no dejó ninguna huella en los cincuenta y tres años siguientes de la vida del discípulo de Bayeu. Mas la aclaración de Ortega me hace volver, como de rebote, a la leyenda íntegra del pintor. Pues Ortega se contenta apenas con hacer constar la vida mediocre —sí, mediocre— de Goya. Con toda la modestia, con toda la humildad y limitación que una nota ligera impone, se debe regresar al Goya sin Goya, es decir, al personaje legendario, al que nos roba el auténtico hombre que, en 1775, se instala en la Villa y Corte. Pero hay que ir hasta él en la forma más peregrina, a saber: buscándole, rehusándole al mismo tiempo.

Vamos, pues, por partes. O iríamos, ciertamente. Cuando al través de las supuestas aventuras de este pintor miramos su existencia real nos sorprendemos, en efecto, con que toda la trama de cosas que en verdad le pasaron reposa ahí, claramente separada de sus querellas, peticiones y altercados que se le han atribuido. Hasta allí vino Ortega. Ello se debe seguramente a que el filósofo no quiso colocar, siguiendo adelante, albarda sobre albarda. Sin embargo, yo desearía acá hacerlo —aunque ahora me

contento con insinuarlo—. Porque sé de antemano lo que es una leyenda, o sea el acto de llenar un hueco con cosas supuestas cuando falta algo; en este caso los fidedignos haceres y quehaceres de Goya: de un Goya que viviera su existencia a lo grandioso. No es que *primeramente* necesitemos desfigurar los hechos prosaicos y corruptibles de que estuvo tejida la vida del pintor. No, no; lo que quiero decir es que ella se puede colorear, dándole a esa leyenda mentirosa e incierta soportes de realidad. O sea limándole, como hace Feuchtwanger cabalmente, lo que no encaja, ni encajaría jamás, con el tipo humano que fue Goya. En una palabra: con esta clase de leyenda, y no con la otra, que es la caprichosa y del todo gratuita, lo que se busca es darle una suerte de *plenitud de los tiempos*.

¿No es extravagante que conociendo la vida efectiva del pintor busquemos adrede otra y la encajemos, por fuerza, en su “yo”? Nada de eso. Nos hallamos, a mi juicio —y el libro de Feuchtwanger es de sobra alocucionador— frente a uno de los casos más conmovedores y más elocuentes del exterminio que una obra ha podido hacer sobre su creador. Para que ella fuese plenamente, tal como ahora la vemos, tuvo que aniquilar de raíz al Goya de carne y hueso; tuvo que ir empalideciendo, desnutriendo, esfumando al hombre. ¡Hasta que lo evaporó como un perfume! Entonces no es, según expresé antes, que alguien se haya complacido en jugar una mala pasada al pintor. Todo lo contrario. Fue su obra, y dentro de ella sus *Caprichos* y sus *Majas*, la que, por los siglos de los siglos, resolvió mudar la estructura y consistencia de su efectivo acontecer vital. Y así, mientras su gris discurrir camina en el olvido, va acentuándose su leyenda. Se comprende que pasara de este modo. Al contemplar no solo sus *Caprichos*, sino la España de fines del siglo XVIII, lo primero que se piensa es en un Goya insolente y malhumorado, pendenciero y rebelde, pero no en un Goya recoleto y puritano. He aquí, pues, el origen del mito. De modo que para entender totalmente al genial aragonés —al pintor que afirmó no ser otra cosa que pintor— debemos perseguir al Goya de la leyenda, al Goya *sin* Goya, ponerlo aparte, y una vez preso ver cómo ese ser imaginario destruye al amigo de Zapater, aquel sujeto conocido hoy apenas por haber sido amigo del pintor: ver cómo el hijo de campesinos aragoneses y aun el pintor de cámara se nos embolata. Es que para eso sirve la leyenda; para llevarnos hasta un pintor menesteroso, influenciabile y, no obstante, genial. En suma, para hacer de las abstracciones y realidades espectrales del Goya mítico la ventana por la cual venga hasta nosotros, en vez de huír, el modesto hombre que vivió —como hombre— el drama lento de la felicidad y del tormento.

Y por eso la figura del Goya que Feuchtwanger nos *recrea*, danzando sobre un tablado donde van y vienen, donde se estrujan, donde se esfuman, donde se agigantan María Luisa de Parma, Manuel Godoy, el Gran Inquisidor y una muchedumbre de personajes menores, “representantes de todas las clases sociales”, se sale del oscuro mundo de la fantasía para volverse terrible realidad.

“¿Qué es la vida?... una ilusión”, recuerda uno el monólogo extraordinario de Calderón de la Barca, cuando, ya en la última página de este relato vigoroso, se nos queda Goya en la quinta del Sordo: solo, inmensamente solo. Pero con... sus cuadros geniales.